

# De los manuscritos del Mar Muerto: la conspiración del silencio

**Vicente Grimoire de Riera**

Historiador.

Universidad Castilla de La Palma, España.

**E**l director del *Society of Biblical Literature*, Ph. D. Helmut Czernowitz, publicó en la última edición del *Bible Review* un revelador estudio que ha desatado una gran controversia en la Santa Sede. “Son los vencedores los que escriben la historia(...) a su manera. No es de extrañar que el punto de vista de la mayoría triunfadora haya dominado todas las crónicas del origen del cristianismo”, advierte el artículo *The truth of the dead sea scroll*. En los últimos años, la poca difusión de las investigaciones de un reducido grupo de estudiosos se debió, entre otras cosas, a la extraña desaparición del misterioso *Libro de Enoch*.

Como es de conocimiento público, en 1946 una noticia sorprendió los ambientes no sólo científicos sino de toda la prensa: un pastor de una tribu beduina descubrió fragmentos de este texto arameo a orillas del Mar Muerto, en las cuevas de Khirbet Qumrán -en árabe *Gumran*: Gomorra-. Qumrán sería, en conformidad con las Escrituras, las ruinas de la mítica ciudad destruida por el fuego de Dios. Desde entonces, ninguno de los apócrifos del *Antiguo Testamento* ha sido objeto de tan variadas investigaciones en los últimos años como el *Libro de Enoch*.

Los apócrifos -de la voz latina *apocrifus*: secreto, escondido- son en la terminología católica actual aquellos libros que nunca llegaron a ser reconocidos

por la curia romana como parte del *Codex Vaticano*. No obstante, esta arbitrariedad no fue impedimento para el estudio de este libro que, de acuerdo a la tradición, no sólo recogería una colección de fórmulas secretas de magia y ocultismo, sino que explicaría cómo los ángeles establecieron relaciones con las hijas de los hombres. Las investigaciones preliminares señalaron la coincidencia con algunos versículos de la Sagrada Escritura: “Eran hermosos y tomaron por esposas de entre todas aquellas que les gustaron (...) y tuvieron hijos de ellas”, (Gen. 6: 2-5). Sin embargo, esta labor se vio interrumpida por su escandalosa desaparición del Monasterio Siro-Jacobita de Galilea. ¿Quién robo el *Libro de Enoch*? ¿Qué es lo que revela? Estas son las interrogantes que motivaron más de una investigación al respecto. Pero estas mismas interrogantes han sido silenciadas por el reciente ensayo del profesor Czernowitz.

De acuerdo a este artículo, se habría descubierto dos extraños manuscritos: uno -según las pruebas de carbono 14- tendría mayor antigüedad que la parte perdida del *Corpus henokico* (Enoch); el otro sería una traducción al castellano viejo titulada *Apocryphon* (literalmente: libro secreto) de *Azriel*. Estos escritos, encontrados en forma de papiros enrollados, tienen como protagonista a Azriel, que

siguiendo a la tradición esenia sería el nombre celestial de Enoch, hijo de Caín (Gen. 5: 17). Todo induce a pensar que existe alguna relación entre el *Libro de Enoch* y el *Apocryphon de Azriel*. Pero, ¿cuál? La monografía de H. Czernowitz intenta encontrar la respuesta.

El conjunto de manuscritos está dividido en tres secciones. La primera -que puede datarse paleográficamente entre el 1675-1625 A.C.- tiene el título apocalíptico de el *Libro de los sueños* (1 Azr. 13, 3-10 + 91, 11-17). El texto comprende los sueños o visiones anunciados a Azriel durante su estancia en un lejano paraíso, de donde es traído a la tierra por los ángeles para que instruya a sus descendientes. El relato empieza con el enigma de la serpiente que el autor no se atreve a interpretar: “Porque soy el principio y el fin/ soy la honrada y la escarnecida/ soy la santa y la prostituta/ soy la esposa y la virgen/ soy la pronunciación de mi nombre”. El artículo infiere que nos referimos a la misma serpiente del Génesis (...) Del primer sueño, relacionado con la transmigración de las almas (o la liberación del espíritu de la prisión de la carne, Cols. 1-12) no se ha conservado nada. El segundo consiste en una visión de la historia humana desde la creación del primer hombre hasta la venida escatológica del reino del Príncipe de las Tinieblas; se predice el inicio de un drama cósmico-histórico donde confunde “el pasado con el futuro o el futuro con el infierno”.

La tesis del profesor Helmut Czernowitz ha sido completada con los trabajos de algunos arqueólogos interesados en sus primeras publicaciones a principios de la década del 80. Natalia G. Beisenman, del Departamento de Estudios Hebreos del State College of Sidney (Australia), sostiene que esta primera parte fue guardada por la tribu cainita de Ain Feshka -a 12 Km. al N.O. del oasis de Jericó- hasta aproximadamente los tiempos de José, hijo de Jacob o Israel, en que una larga sequía los obligó a asentarse en el delta del río Nilo. “No me parece improbable que el *Libro de los Sueños* haya recibido

el influjo del ocultismo hermético de las sectas de Osiris o de los maleficios de Sinué el Egipcio”, escribe en el libro *A crack in the jar: The dawn of Azriel*. En esta sección se alude a diez maldiciones que cayeron sobre los egipcios, quienes no dudaron en expulsar al pueblo escogido. A partir de este destierro, la historia está encuadrada en un sistema de 40 períodos con 40 ángeles guardianes; los guiaba un pastor de ovejas. Diversos detalles históricos llevaron a Beisenman a concluir que nos referimos a los cuarenta años que duró el éxodo en el desierto de Sinaí, famoso por sus fenómenos sobrenaturales. Vemos así que el manuscrito quedó en poder de los semitas de la zona montañosa de Canaan.

No ha sido tarea fácil seguir la historia de los



manuscritos. Se sabe que quinientos años más tarde Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió Jerusalem y la conquistó. El arqueólogo alemán Mathews Schneider ha confirmado que fue durante este período en que fue escrita la segunda sección: *El libro de las lumbreras celestes*. Aunque parezca extraño, esta parte utiliza datos y expresiones que difieren del *Pentateuco*, evidentemente influenciados por los rituales mágicos de Acadia o las leyendas mesopotámicas sobre la “guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas”. Estos escritos hacen mención a ciertas verdades que sólo deben ser conocidas por unos pocos iniciados; pero lo insólito es que estas verdades no son reveladas. La transmisión de esta enseñanza secreta habría quedado asegurada gracias a la tradición oral entre unos pocos fieles. M. Schneider señala: “El esoterismo, es decir, la transmisión iniciática de unas doctrinas y prácticas reservadas a un número restringido de adeptos, está atestiguado en todas las grandes religiones; inclusive se menciona en el *Nuevo Testamento*: ver Mc. 4: 11-13; también Mc. 7: 17 y ss”. De esta forma, se nos revela la existencia de una sucesión de maestros espirituales distinta de la sucesión de los obispos. Ellos serían los guardianes de “las palabras encantadas que abren la Puerta Celeste”. Pero, ¿qué significado tienen estas frases? Aunque no han sido del todo traducidas, el profesor Schneider deduce que son fórmulas que comunican a los muertos con los vivos lo que coincide con la cosmología babilónica. Está escrito que la verdad habría sido comunicada por el arcángel Beliel; este es el motivo por el cual muchos exegetas concluyen que en algún tiempo haya sido considerado parte de la Torah.

Por otro lado, el actual decano de la Universidad Hebrea de Nazareth, Dr. Yigael Raghib, ha reconocido la existencia de una antigua leyenda que alude a unos manuscritos escondidos en el Templo de Salomón para que no cayeran en manos de los invasores romanos: las tropas de Vespaciano buscaban el texto pero todos sus esfuerzos fueron

en vano. Poco tiempo después, en el año 31 A.C., un terremoto terminó por sepultar los secretos del libro. Una corriente importante de las investigaciones tiende a considerar que el *Apocryphon* estuvo perdido hasta el medioevo, en la época de las cruzadas. “El azar o el destino hizo que el fundador de la Orden de los Templarios, Hughes des Payna, encontrara el *Libro de Azriel* en las ruinas del Templo de Jerusalem. Él sería el responsable de trasladarlo a la ciudad de Lyon para intentar descifrarlo”. Jules Piquet, estudioso de la Orden, alega que la posesión de un libro blasfemo fue la causa fundamental para la abolición de la congregación por el Concilio de Viena en 1312. La tarea de decodificación fue imposible y finalmente se perdió en los archivos de la Iglesia. La historia universal señala que el Papa Clemente V cede a Felipe el Hermoso la ciudad episcopal de Lyon con todos sus bienes, dejándolos al cuidado de la Compañía de Jesús. De esta forma, los manuscritos habrían llegado a España, uno de los pocos reinos católicos del viejo continente.

Francois Treballe, autor del libro *Deux manuscrits hebreux de la morte*, señala que el *Codex Apocryphon* fue encontrado por el reverendo padre Blásquez LaMadrid S.J.. Sus conocimientos en filología le permitieron descifrar los textos: el hecho de que la escritura fuese prearama lo indujo a sospechar del uso de un extraño dialecto anterior al cisma de Babel, cuando “Yahvé confundió el lenguaje de todos los habitantes de la tierra”, (Gen. 11: 8-10). ¿Había alguna intención oculta en esta decisión? El R.P. Blásquez LaMadrid comprendió que debía evitar una lectura en dirección derecha-izquierda al estilo semita; menos aun en sentido inverso como los mediterráneos, o al estilo oriental o mesoamericano. El sacerdote entendió la lectura cabalística y descubrió que estaba escrito en el lenguaje de los ángeles: debía leerse sin dirección alguna, como una totalidad. El padre jesuita casi muere de la impresión al descubrir que lo que tenía entre sus manos era *El libro maldito de los vigilantes*.

El título de esta tercera sección alude a la caída de los ángeles, los vigilantes, a los que se les atribuye el origen del mal entre los hombres. Sin embargo, el tema central es sobre la verdadera identidad de la divinidad. Esta parte, compuesta a mediados del siglo II D.C., reflexiona profundamente sobre la divergencia entre los mensajes del *Antiguo* y *Nuevo Testamento*. Este último no sería, en absoluto, complemento del primero; aun el Mesías profetizado en el *Antiguo Testamento* no podía tener nada en común con el Cristo. Las dos enseñanzas, según este manuscrito, se hallarían en radical oposición mutua: asumiendo el nombre de Jehovah o Elohim, el A.T. es inspirado por un falso dios, el Demiurgo. ¿Por qué el Hijo del Hombre solamente usa la voz “padre” para referirse a la divinidad? De acuerdo a esta sección, existe el mundo visible en el que vivimos, un mundo cruel gobernado por el dios-creador, el severo Jehovah, el responsable de los hechos horribles que han castigado a la raza humana; y finalmente en otra dimensión, está el verdadero dios, el Dios de dios, piadoso y benigno. F. Trebolle opina que es posible determinar una notable influencia del pensamiento gnóstico de las primeras comunidades cristianas. Los manuscritos terminan enumerando los apellidos de los descendientes del maligno.

Una vez empezada la traducción de este libro blasfemo, Blásquez LaMadrid se ve en la obligación

de viajar a colonias españolas para asumir la dirección de la diócesis de Ayacucho, que significa en lengua nativa “rincón de los muertos”. “No hubo casualidad. Un descendiente de los Borgia dictó la bula papal. Su arribo al Virreinato del Perú estaba predestinado”, agrega F. Trebolle. Sin embargo, en Lima y por algún motivo todavía desconocido, continúa su labor hasta terminar con la traducción. Ese mismo año, durante la estancia del virrey Melchor de Navarra y Rochaful, un terremoto destruyó la ciudad y, aunque algunos estudiosos discrepen sobre la muerte del jesuita, todos convergen en que los manuscritos quedaron sepultados bajo los escombros del convento.

Las recientes investigaciones del historiador Friedrich Uhlman y sus colegas de la Universidad de Oberhartzkofen (Bavaria) han destacado un punto particularmente interesante. Las desgracias ocurridas en Lima se relacionan con la maldición del demonio del Rímac, citada por el cronista español Cabello de Valboa. El “río hablador” emitía los oráculos desde su santuario (hoy Huaca Juliana, en el distrito limeño de Miraflores): “(...) y luego de la llegada de los cent(auros) barb(ados) volverá la madre de los quip(us) y Huno Pachacuti despertará del Ucu (Pacha) y las aguas volverán a apaciguarlo, como en los orígenes”. El anatema, en opinión de F. Uhlman, alude a las catástrofes de Lima precedidas por las antiguas tradiciones mayas anotadas en el libro sagrado *Popol Vuh*. La cosmovisión andina y la idea



del tiempo cíclico llevaron a los estudiosos a afirmar que Blásquez LaMadrid desenmascaró una verdad que pagó con su vida.

Un siglo más tarde, el sacerdote Lorenzo Cruzatt S.J., también jesuita, empieza la remodelación del destruido Convento de los Pobres Caballeros de Cristo. El P. Cruzatt encontró los manuscritos en una tinaja enterrada a pocos metros de profundidad. Impresionado con su hallazgo empieza a coser los rollos para que tuvieran la forma de un libro encuadernado, y es de esta manera como descubre que no estaban hechos de piel de res sino de piel humana!!! La desesperación hizo que les prendiera fuego, pero la combustión fue imposible. Sospechó que se trataba del legendario *Libro de Azriel* y para salvar los secretos volvió a ocultarlos en la tinaja hasta encontrar ayuda. La tentación de conocer la ciencia del bien y del mal lo llevaron a ponerse en contacto con los grupos herejes de Europa. Misteriosamente, siguiendo a F. Trebolle, el rey Carlos III determina la expulsión de la Compañía de Jesús. Los escritos quedaron en la ciudad de Lima.

La pregunta es: ¿tenía conocimiento la curia romana de la existencia del *Apocryphon*? Las continuas desapariciones de manuscritos secretos inducen a sospechar en una “conspiración del silencio”. Sin embargo, en el Congreso Internacional sobre los Manuscritos del Mar Muerto, organizado por la Universidad Complutense y celebrado en el Escorial en setiembre último, el profesor Czernowitz hizo público un nuevo descubrimiento que daría luces nuevas a las verdades de Qumrán. “Sólo un acontecimiento podría sacudir los orígenes del cristianismo; y ese acontecimiento sería la lectura del *Libro Secreto de Azriel*”, explicó. El hallazgo, divulgado posteriormente en el *Bible Review*, habría tenido lugar en la única cuadra de la Lima antigua que esconde la forma de un triángulo -saliendo del esquema del damero seguido por los fundadores de la ciudad-. Para la fe católica el número tres se repite constantemente

en las Escrituras: tres veces negaron al Rey de reyes; el Credo reza que al tercer día resucitó de entre los muertos; tres define el misterio de la Trinidad. Los manuscritos fueron encontrados en el vértice de las calles Quilca y Camaná en el año 1978.

Las investigaciones del profesor Czernowitz sostienen que a raíz de unos trabajos de remodelación en la capital, una cuadrilla de trabajadores desenterró un extraño ceramio que medía cerca de un metro. En un reportaje de la prensa local -fecha: 1/marzo/1978- un testigo, cuyo nombre pidió quedara en reserva, declaró: “Pensaban que había un tesoro inca o algo así, pero sólo encontraron unos legajos de pergamino enrollado”. La noticia denunciaba la muerte de los hombres de obra en manos de delincuentes comunes. Pero la verdad habría sido otra. Uno de los manuscritos, el original, fue vendido a un funcionario del Vaticano. Al parecer, los principales movimientos de “ultra-derecha” del catolicismo habrían impedido su publicación porque traería la crisis de la Iglesia y el escándalo internacional. Ese mismo año, la noche del 28 de setiembre o en la madrugada del 29, a sólo 33 días después de su elección, falleció el Sumo Pontífice Juan Pablo I, Albino Luciani. La causa de su muerte -sin el beneficio de una autopsia- fue anunciada al mundo entero como provocada por un infarto al miocardio. No obstante, el libro *In God's name* del investigador británico David Yallop llega a la convicción de que el Papa fue asesinado. ¿Tuvo algo que ver el *Apocryphon*? En Gran Bretaña, el *Times* reflejaba la inverosimilitud de estos acontecimientos con un editorial titulado *El año de los tres papas*. Los numerosos reportajes de la prensa italiana motivaron a la Santa Sede publicar la encíclica *Stultorum infinitus est numerus*. Un gran sector del clero -encabezados por el monseñor K. Kapek y el cardenal C. Wilson- aún debate sobre las concepciones teológicas de este documento.

Sobre el otro manuscrito, la traducción de Blásquez LaMadrid, se sabe realmente poco. “Existe

la posibilidad de que todavía no haya salido del país, aunque no se dispone de pruebas concluyentes”, escribe el director del *Society of Biblical Literature*. De acuerdo a su artículo, la versión al castellano viejo está en manos de los controversiales filólogos latinoamericanos Arturo Higa y Hernán Medina, pero la continua búsqueda de estas personas -CIA, Interpol, FBI- ha sido hasta la fecha infructuosa. Todo hace pensar que ellos han muerto.

Desde luego, como historiador, considero todas estas investigaciones de suma trascendencia para la elucidación de uno de los problemas contemporáneos más fascinantes: los orígenes del cristianismo. Pero las circunstancias que envuelven la historia de este extraño *Codex* generan muchas interrogantes. ¿Por qué permanecieron ocultos los manuscritos hasta el siglo XX? La repentina muerte de Helmut Czernowitz, según un cable de la agencia italiana Ansa y publicada únicamente por el diario *L'osservatore romano*, ha suscitado una gran

polémica sobre los posibles móviles de su fallecimiento. La noticia añade que se encontró una nota subrayada en su cuaderno de apuntes; en el texto se lee: “*Dieu est le point tangent du zero a l'infini*”. ¿De qué nos quiso advertir? ¿Por qué tuvo que morir uno de los más prestigiosos estudiosos de la arqueología bíblica? No es mi objetivo denunciar quienes son los responsables. Tal vez la verdad sea otra; pero debo señalar que las investigaciones del profesor Helmut Czernowitz son suficientes para demostrar la enorme importancia que sus descubrimientos han tenido para el análisis de una de las instituciones más sólidas a lo largo de la historia. Sólo ahora empiezo a considerar las cuestiones que se nos plantea. 卐

Reproducido con autorización de **Antropos Revista de Humanidades**.

Primavera de 1997. ©

Vicente Grimoire de Riera

